

III CERTAMEN

1.º Premio • Año 2001

Cástor y Pólux

María del Carmen Moreno Pérez

-S.D.: Tengo frío.

-S.D.: Siempre te quejas.

-S.D.: También tengo razones para quejarme.

-S.D.: ¿Y cuáles son esas razones, si pueden saberse?

-S.D.: Todas. Quizá tú deberías imaginártelas mejor que nadie.

-S.D.: Pues no. No tengo ni idea.

-S.D.: ¿No la tienes o no quieres tenerla?

-S.D.: ¿Por qué me odias?

-S.D.: Puede que la razón sea que me has condenado a ser tú.

-S.D.: Yo no soy quien te condena, Salvador, eres tú el que ha decidido ser mi sombra, arrebatarme el sitio que me corresponde. Al fin y al cabo, yo ya existía cuando tú no eras ni siquiera un proyecto de hombre. ¿Es eso?

-S.D.: Me has obligado a hacer muchas cosas que no quería hacer. Todo porque tú naciste antes, pero también estás muerto y de ahí nadie te va a poder rescatar y yo haré que te olviden.

-S.D.: ¿Es eso?

-S.D.: Es todo. Yo soy lo que tú nunca serás, tengo lo que jamás disfrutaste.

-S.D.: ¿Por qué no intentamos llevarnos bien? Al cabo, somos lo único que tenemos: tú a mí y yo a ti.

-S.D.: No. Puede que yo te tenga en el nombre, en el rol... Pero, ¿qué tienes tú?

-S.D.: De acuerdo, no quería llegar a esto, pero como tú desees. Yo tengo el amor de nuestros padres y tú no eres más que mi sombra, el que me sustituye. Pero, ¿quieres que hablemos? Hablemos. ¿Qué pensaría el mundo si supiese que el genio no es más que un pequeño asesino frustrado, porque ni para eso tiene cojones?

-S.D.: Si hubiese querido matarla lo hubiera hecho, pero sólo quería asustarla. Aquella niña era tan bonita. Era, de una forma repugnante, bonita, por eso alguien debía advertirle que eso no la iba a salvar de una muerte segura. ¡La muy puta! Si no se llega a agarrar al salidero del campanario hubiese volado y, después, se hubiese estrellado contra el suelo. ¿En qué hubiera quedado entonces su belleza? En nada. Hubiera quedado desfigurada. Se lo merecía, todas se lo merecen. Ellas están alerta y, si pueden, te llevan a la cama y allí te casttran y ya no eres hombre.

-S.D.: ¿Desde cuándo eres tú hombre?

-S.D.: Yo siempre he sido el Hombre.

-S.D.: Tú no pasas de ser un fante que no vive si no es diferente. ¿Quién te ha querido?

-S.D.: Mucha gente. Federico me adoraba, Luis me amaba, Gala...

-S.D.: Sí, puede que en algún momento... Pero vas a morir solo, como el perro que eres. Un perro catalán. ¿Quién te ha querido? ¿Qué es para ti el amor?

-S.D.: ¿El amor? Por eso moriste porque eras débil, ¿qué culpa tengo yo de eso? ¿Qué culpa tengo yo de ser

más fuerte? El amor es una inercia de los sentidos y a los sentidos hay que doblegarlos, porque, si no lo haces, te conviertes en un tipo mediocre preocupado por tu mujer o tu amante. ¡Que te jodan a ti y a eso a lo que tú llamas amor! El amor es de los débiles, los fuertes sabemos que sólo nosotros importamos. Te regalo a toda esa gente que fingía apreciarme cuando le pateaba la cabeza a Ana María, o cuando pegaba a un estúpido niño gordo y asqueroso tan sólo porque me molestaba su, más aún, estúpida risa.

-S.D.: Me das lástima.

-S.D.: No soy yo el que está muerto. Es más, yo jamás moriré porque soy lo que soy: un genio. Y ¿quién se va a atrever a criticarme? ¿Quién dirá que lo que hago está mal o bien? No. Yo viviré en mi obra, que es indiscutible y mis actos serán consecuencia de un talento innato, de un genio que no supo adaptarse a la mediocridad de todos aquellos que no éramos nosotros, tú y yo.

-S.D.: Aférrate a eso, porque no te va a quedar nada más y la muerte es la misma para todos, así que, al final, te comportarás como el resto de los mortales. Y ya no te servirán tus amuletos, tus fetiches, tus orgías. ¡Tus orgías...! Ni siquiera fuiste hombre para eso.

-S.D.: El sexo es muerte. Me gusta mirar y me gusta vivir. Yo me masturbo, soy el mejor masturbador del mundo, pero que nadie se me acerque y me contamine con su putrefacta muerte de genitales y sudor. Yo pago para que se penetren, se sodomicen delante de mí. No soy culpable de que la gente sea tan absurda que acceda por dinero a mis peticiones. No me importa la gente,

yo soy el nuevo Valle, y he inventado el nuevo esperpento viviente. El hombre es un muñeco fácil de manejar y yo soy su creador. ¿Quieres amor? Quédate con todo el que pueda soportar tu estómago sin vomitar. Yo me amo a mí, me seduzco, me penetro. Yo soy la perfección hecha hombre.

-S.D.: No puedo creer que seas tan necio.

-S.D.: ¡Soy un genio!

-S.D.: Eres un maldito psicópata, un loco, un tipo con problemas.

-S.D.: A veces, me doy miedo. ¿Por qué será?

-S.D.: Porque a veces, sólo a veces, tienes momentos de lucidez.

-S.D.: Me veo intentando matar a una niña, o dándole una patada a un tullido en silla de ruedas y me asusto. Me doy miedo cuando me siento incapaz de amar o de ser amado, aunque nadie podrá decir nunca que no le atraje, de una u otra forma.

-S.D.: En el fondo me das pena.

-S.D.: ¿Cómo hubieras sido tú?

-S.D.: ¿A quién le importa ya?

-S.D.: A mí me importa.

-S.D.: Desde luego, no como tú. Eres un genio, es cierto, y no sé si estás loco porque eres un genio, o eres un genio porque estás loco. Pero yo morí rodeado de gente que me quería. Tú, en cambio, morirás solo, o, lo que es peor, rodeado de gente que ama a tu obra.

-S.D.: No me importa.

-S.D.: ¿Qué escribes?

-S.D.: Una carta a Luis.

-S.D.: ¿Crees que te contestará?

-S.D.: Sé que lo hará.

-S.D.: ¿Lo sabes o lo deseas?

-S.D.: Ambas cosas.

-S.D.: Todos somos iguales ante la muerte, ¿verdad?

-S.D.: Me he dado miedo mucha veces durante mi vida. Me aterrizzaba cuando Gala me leía el pensamiento y en mitad del celo (Gala era una perra en celo) me pedía que hiciese con ella lo que se me antojara, que la matase, si eso era lo que quería. Me leía el pensamiento. Entonces yo reaccionaba y me marchaba poseído de una rabia sin fin.

-S.D.: ¿Qué piensas hacer ahora?

-S.D.: Dormir.

-S.D.: ¿Puedes?

-S.D.: Nunca, nada, me quitó el sueño.

-S.D.: Durmamos entonces.

-S.D.: ¿Te quedarás a mi lado?

-S.D.: Sólo esta noche.

-S.D.: De acuerdo, sólo esta noche. Mañana, de todas formas, no te necesitaré.

-S.D.: Ya veremos lo que ocurre mañana.

-S.D.: Ayer soñé con relojes que se derretían.

-S.D.: Es tu tiempo, que se agota.

-S.D.: Mi tiempo no se agotará nunca. Ya te he dicho que soy inmortal. No como tú, niño estúpido, que moriste de pura debilidad.

-S.D.: No eras más que un niño.

-S.D.: No. Eras un animal, el más pequeño de la pirámide. Y todos sabemos que sólo los más fuertes sobreviven. Por eso te comió la muerte. A mí no podrá siquiera acercarse porque pertenezco a una raza superior, quizá eso que Hitler denominó raza aria. Hitler y yo somos inmortales. ¿Quién se acordará de ti dentro de cien años?

-S.D.: Sí, y será eso lo que te deje ser feliz y estarás condenado a odiarme y envidiarme porque habrás llegado después que yo, y no te quedará más remedio que ser mi sustituto. No serás más que el actor secundario que espera que la gran figura de la obra se doble un pie para poder ocupar su sitio.

-S.D.: Tengo sueño.

-S.D.: De acuerdo. Ya hablaremos mañana.

-S.D.: No. Mañana cogeré mi bastón y volveré a matarte.

-S.D.: Sabes que no lo harás. Soy el único que se ha mantenido a tu lado.

-S.D.: Entonces, no te vayas tampoco mañana.